

Purgatorio: Goles que borran muertos

Escritor Tomás Ely Martínez

Por Jorge Ladino Gaitán Bayona
Profesor de la Universidad del Tolima
Grupo de Investigación en Literatura del
Tolima

Preámbulo

Fras ganar la Copa Mundial de Fútbol de 1978, Argentina, país local, desbordó en sus calles los cantos y abrazos de millones de hinchas en la celebración del triunfo contra Holanda 3 a 1. En medio del júbilo una mujer dijo a su esposo: “Mientras se gritan los goles, se apagan los gritos de los secuestrados”. Se trata de Estela de Carlotto, profesora de escuela, a quien los militares retuvieron a su hija Laura dos meses antes del mundial, sin importar su estado de embarazo. Laura fue una más de 30.000 desaparecidos que dejó la última dictadura militar argentina (1976 a 1983). Estela de Carlotto encontró en 1985 los restos de su hija, con visibles rastros de tortura. Del hijo de Laura

sólo se supo su paradero en agosto de 2014 cuando, gracias a pruebas de ADN, se descubrió su identidad, su sangre y pasado, siendo el 114 en la lista de nietos recuperados.

La frase de Estela de Carlotto, hoy presidenta de las Abuelas de la Plaza de Mayo, contenía una fuerte dosis de desencanto. Dos rostros del grito: el de los cuerpos quebrados por la dictadura, sencillamente por pensar distinto; y el del júbilo rabioso en una Argentina donde el fútbol es religión. A veces la celebración eufórica descuida aspectos éticos y de la memoria que son latentes en la derrota, bien lo sugiere Jorge Luis Borges en “Nota para un cuento fantástico”: “La derrota tiene una dignidad que la ruidosa victoria no merece” (1986, p. 33).

Polémico fue el mundial ganado por la selección orientada por César Luis Menotti. Tras el triunfo de Brasil contra Polonia 3 a 1, Argentina debía derrotar a Perú por cuatro goles de diferencia

para llegar a la gran final. No fueron cuatro, sino seis goles a cero. Una vergüenza de la cual quedaron múltiples testimonios, libros y documentales que plantean la existencia de un arreglo entre las dictaduras de Argentina y Perú como parte del Plan Cóndor. Fue un sospechoso encuentro donde el arquero Inca, Ramón Quiroga -nacido en Rosario, Argentina, pero nacionalizado- dejó entrar el balón a su arco como un gatito que mira cuando rueda la bola de lana. El Estado totalitario apeló a la propaganda, el nacionalismo y el deporte para desviar la atención frente al tema de la desaparición forzada. Como indica un verso en la canción de León Gieco "La memoria": "Fue cuando se callaron las iglesias / Fue cuando el fútbol se lo comió todo" (2001). No obstante, en la misma composición advierte: "La memoria despierta para herir / a los pueblos dormidos / que no la dejan vivir / libre como el viento". La memoria que despierta y lastima a la historia oficial encuentra un lugar de lujo en la novela *Purgatorio* (2008), de Tomas Eloy Martínez, una de las mejores obras narrativas de Latinoamérica en el siglo XXI.

Tomas Eloy Martínez (Tucumán, 1934 - Buenos Aires, 2010) tuvo una prolífica producción literaria. Se destacan tres libros de cuentos, ocho libros de ensayos y seis novelas en las cuales la ficción gira sus ojos al pasado: *Sagrado* (1969), *La novela de Perón* (1985), *La mano del amo* (1991), *Santa Evita* (1995), *El vuelo de la reina* (2002), *El cantor de tango* (2004) y *Purgatorio* (2008). De su periplo como periodista desde la década del cincuenta hasta su muerte hay múltiples columnas de opinión y artículos en Argentina, Venezuela, Francia, España, entre otros. Por sus cuestionamientos a torturas, muertes y vulneración de derechos humanos cuando Isabela Perón estaba en la presidencia, la Triple A amenazó con asesinarlo y se exilió en Venezuela. Volvió a su tierra tras el fin de la dictadura militar. Su condición de intelectual exiliado es clave para valorar la propuesta estética e ideológica de un argentino que pone al banquillo la historia de su país y del Mundial del 78 donde los goles borraban a los muertos. Previo al análisis del fútbol y la desaparición forzada en la novela *Purgatorio*, se ofrece una aproximación

teórica y crítica al concepto de intelectual exiliado, teniendo en cuenta planteamientos de Edward Said.

El intelectual exiliado

El exilio es una migración forzosa en la cual martilla la horrorosa sensación de que ni siquiera lejos se calma el dolor. La memoria herida se vuelca sobre el pasado para tornarse más desencantada. En *Reflexiones sobre el exilio*, Edward Said resalta: "Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza" (2005, p. 179). Said refiere al hombre quebrado en su ánimo que siempre piensa en su contexto de origen, con cargas traumáticas a nivel existencial e histórico.

Edward Said en *Representaciones del intelectual* (1994) precisa que, aunque el exilio es un estado discontinuo del ser, causante de "insatisfacción próxima a la melancolía" (p. 64), ya como "condición metafórica" (p. 56) genera una riqueza de pensamiento que cuestiona el *statu quo*. La marginalidad y el exilio, en sus posibilidades simbólicas, llevan al intelectual "en dirección de los márgenes, donde se pueden ver cosas que habitualmente les pasan por alto a los espíritus que nunca han viajado más allá de lo convencional y lo confortable" (p. 73). En vez del alineamiento a la sociedad y los centros de poder, la elección del exilio aleja al intelectual de los peligros del nacionalismo, los privilegios y sobornos del Estado. Para el intelectual palestino, la elección del margen o del centro determina la existencia de dos tipos de intelectuales: "Intelectuales integrados e intelectuales marginales o exiliados" (p. 64). Los primeros "pertenecen plenamente a la sociedad tal como es, que desarrollan todas sus potencialidades sin un abrumador sentido de disonancia o disenso, que pueden ser etiquetados como los que dicen sí" (p. 64). Los segundos "dicen no, los individuos en desacuerdo con la sociedad en que viven y por lo mismo marginales y exiliados en lo que se refiere a privilegios, poder y honores" (p. 64).

Pensar metafóricamente en “intelectuales marginales o exiliados” (p. 64), no quiere decir que para cumplir dicha condición el intelectual deba estar necesariamente fuera de su país de origen. Aún dentro del mismo puede exiliarse: alejarse del silencio cómplice o de puestos de poder que los gobiernos de turno otorgan para callar opositores. El intelectual de Said no puede confundirse con el marginal sin rostro que sucumbe ante el olvido y se resigna; por el contrario, es un “individuo dotado con la facultad de representar” (p. 29).

Un intelectual exiliado no evade lo ocurrido en su país de origen. Este es el caso de Tomas Eloy Martínez en su novela *Purgatorio*, en el resto de sus obras literarias y buena parte de su labor periodística. Controvierte la historia oficial y los excesos nacionalistas. La última dictadura militar argentina -autodenominada eufemísticamente Proceso de Reorganización Nacional- llevó a la práctica técnicas y tácticas de denominación a través del Mundial de Fútbol de 1978, sobre el cual apunta su lente de mira la novela analizada a continuación.

Purgatorio: Desaparición Forzada y Copa Mundo 1978

Muchos contradictores de la dictadura militar argentina fueron asesinados y sus cuerpos recibieron el llanto y la certeza de sus familiares. Sin embargo, miles más fueron víctimas de la desaparición forzada. Dicha expresión siniestra refiere torturados cuyos cuerpos se ocultaron bajo tierra insospechada o se arrojaron al mar para que sus familiares sufran sin sosiego, sin posibilidad de ritos o de certeza, desgastados por la incertidumbre de si estarán vivos o muertos. La desaparición impone su condena a través de la esperanza.

La desaparición forzada lleva a la desesperación por la ausencia de un cuerpo, de una despedida, del rito que permitiría hacer el duelo, aceptar la pérdida, en vez de arrojarse con “el negro sol de la melancolía” (Nerval, 2004, p. 134). Quizás por ello y retornando al carácter profético de Dante Alighieri en la *Divina Comedia*, más terrible

que el cielo o el infierno es el Purgatorio. Allí deambulan almas condenadas a la espera, se desgastan en el tormento de aguardar el día en que serán salvadas de su tormento: “Crees y no crees, y lo que es no es”. Esta línea hace parte del canto VIII del Purgatorio en el clásico de Dante, a la vez es el título del capítulo IV de la novela *Purgatorio*, de Tomas Eloy Martínez.

El purgatorio de Dante se actualiza en las 291 páginas de la novela de Tomas Eloy Martínez. Almas en pena son sus protagonistas: una mujer llamada Emilia Dupuy y el propio escritor, quien cuenta el proceso creativo de su relato en esta obra de carácter metaficcional. Alma en pena es la memoria colectiva de aquellos argentinos en cuya historia familiar está la huella dolorosa de la desaparición forzada. La tragedia desborda el escandaloso número de 30.000 desaparecidos de la última dictadura militar argentina. Por cada uno de los desaparecidos hay otras víctimas que desbordan la cifra, núcleos familiares que todavía padecen la angustia de ignorar la suerte de sus seres queridos, esos muertos que quizás están vivos y se siguen esperando desde la década del setenta: “Los desaparecidos que se buscan con el color de sus nacimientos” (Gieco, 2001).

Búsquedas incesantes que trastocan la estabilidad emocional de los sujetos hacen parte de la novela *Purgatorio*. En pleno siglo XXI una mujer se encuentra, de repente, con el hombre a quien habían desaparecido treinta años atrás. Mientras ella pasa de los sesenta su esposo se le presenta todavía joven, con la misma ropa con la cual ella lo vio por última vez en Tucumán, cuando los militares los separaron por sospecha de ayudar a la subversión. Hasta aquí pareciera una historia fantástica: una mujer enamorada tiene sobre su cuerpo los estragos del tiempo, mientras el esposo que retorna sigue detenido en sus 33 años como un Cristo paródico. Lo aparentemente fantástico es una ficcionalización poderosa de los estragos psíquicos que origina la desaparición forzada: ese otro sigue atado como un fantasma; no se puede liberar de él porque habita los dudosos alambrados de la esperanza. Dichos estragos llevan a perder la proporción

de la realidad y desde la ilusión se proyecte un cuerpo donde no lo hay: “Viendo la sombra como un cuerpo sólido” (Dante Alighieri, 1922, p. 136).

Los desaparecidos parecen volver a sus familiares cuando estos confunden sus sentidos porque otros usan perfumes, prendas o formas de caminar similares. La protagonista de *Purgatorio*, Emilia, pasó de las confusiones a creerlo en realidad. Desea ser de nuevo feliz con Simón, el amado que retorna. Anhela conversar sobre temas suspendidos atrás y devolver a su marchito cuerpo el brillo de una caricia. Sin embargo, los ojos ajenos ven no dos sino uno: ella habla y come sola donde hay dos platos servidos y la mano que ella extiende apenas es tocada por el viento. He ahí el encanto de la ficción de Tomas Eloy Martínez: se narra desde varias vías, voces y tiempos: lo que vive y proyecta una mujer, pero también lo que miran otros que la saben en los abismos de la melancolía.

En la novela, las páginas van y vuelven del siglo XXI a los momentos más sombríos de la dictadura militar: la toma del poder por parte de Jorge Videla y el estamento armado; la fuerte restricción de las libertades individuales y las movilizaciones; la prohibición de huelgas y sindicatos; la censura de los medios de comunicación; las quemaduras de miles de libros que resultaban peligrosos a los autoridades; un Mundial costoso que desvió el foco de atención de los desaparecidos a goles y gritos; la Guerra de las Malvinas donde la dictadura, a semejanza del mundial, se inventó otra causa patriótica para hacer olvidar crímenes y miserias.


A la guerra contra los británicos por el territorio de Las Malvinas (2 de abril a 14 de junio de 1982) fueron jóvenes mal preparados, sin debida instrucción militar, agarrotados por el frío mientras los generales y comandantes ocultaban las millonarias donaciones de los argentinos para ayudar a los defensores de la patria. Los medios de comunicación, al servicio del poder, promulgaban que en esa guerra desigual era posible la victoria, como en el mundial del 78, ya no contra Holanda sino contra la Inglaterra

de Margaret Thatcher: “¡Estamos ganando! La gente festeja la victoria de los ejércitos de Dios y sale a la calle con vinchas y banderas, como en el Mundial de 1978 [...] La Argentina que lucha no es la que ustedes, confundidos y mal informados, llaman dictadura militar. No. Es la Argentina entera: sus mujeres, sus niños, sus ancianos (Eloy Martínez, 2008, p. 255). A través de la ficción Tomas Eloy Martínez reprocha la forma como la televisión y la prensa fueron aparatos ideológicos de una dictadura militar que manipuló la opinión pública con la propaganda y el eslogan: “La Argentina debía ser homogénea. No había lugar para los que disintieran, para los tibios ni para los diferentes” (p. 33).

El patriotismo se mueve dentro de la memoria manipulada y la memoria obligada. Paul Ricoeur en *La memoria, la historia, el olvido* (2004) destaca que ellas son instrumentalizadas y acomodadas, no solo en aras de una identidad colectiva, sino también de evitar la confrontación con hechos crudos de la historia de un país. Aquí la historia oficial ordena, exalta y obliga al sometimiento: “historia enseñada, historia aprendida, historia celebrada” (p. 116). Debe ponerse bajo sospecha, como lo ficcionaliza Tomas Eloy Martínez y tantos otros intelectuales exiliados que representan los rostros ocultos de sus países, los elogios ciegos de la memoria (tan peligrosa como el olvido manipulado), las épicas que potencia, y la entronización de héroes patrios y prohombres.

Tomas Eloy Martínez, en calidad de intelectual exiliado, veía en las gestas los signos dolorosos





de un estado totalitario. Sabía que donde el poder mueve al patriotismo se ocultan muertes, retenciones y censuras: “1978 es el año más tenebroso de la dictadura tenebrosa. En diciembre, los comandantes celebran su triple campeonato planetario: en el fútbol, en el hockey y la belleza, cuando una cordobesa de veintiún años es elegida Miss Mundo” (2008, p. 259). Tres títulos mundiales en un mismo año para que dos deportes y un reinado de belleza llevaran al punto exacto de la ceguera desde el fervor nacionalista. Una ceguera elegida por conveniencia o sencillamente por miedo a la muerte. En la Plaza de Mayo las madres de los desaparecidos hacían sus rondas exigiendo justicia. En las noches se oían gritos de jóvenes torturados por el Estado. La evidencia del horror era enorme. No obstante, muchos optaron por “llagarse las llamas de la garganta cantando” (Eloy Martínez, 2008, p. 259) porque Argentina era victoriosa: derrotaron 3 a 1 a España en la final del Mundial de Hockey sobre Patines en la ciudad de San Juan (Argentina); vencieron a Holanda 3 a 1 en el Estadio Monumental para alzar su primera copa de mundo en fútbol; Silvina Rosa Suárez Clarence obtuvo la corona como Miss Mundo 1978, evento organizado en Londres, Inglaterra. La vieja máxima de “pan y circo para el pueblo” se reinventaba con goles, maniobras sobre patines y la despampanante figura de una chica de veinte años.

A 1.000 metros del estadio Monumental estaba la ESMA (Escuela de Suboficiales de Mecánica de la Armada). Fue uno de los centros clandestinos de detención donde se cometieron torturas, asesinatos y robos de bebés que fueron

entregados a militares estériles o familias que compraban los recién nacidos de padres desaparecidos. No parecía importar porque los amantes del fútbol, embebidos en la gloria y quizás inconscientemente, pateaban la historia como si fuera otra pelota. Por eso la protagonista de la novela percibe una atmósfera enfermiza: “Estallaban bengalas a su alrededor, el estadio entero saltaba y cantaba Argentina, Argentina. Sintió que ese fervor la apestaba, la tornaba indigna de salir corriendo para buscar a la madre de Irene Cruz y abrazarla. Quién sabe en cuáles sótanos del infierno estaban enterrados la hija y el nieto no nacido mientras las gradas cantaban Argentina, Argentina” (Eloy Martínez, 2008. p. 231).

Gritos, coros y las pomposas frases del himno nacional fueron la fiesta del olvido. Como bien resalta el personaje escritor de *Purgatorio*, el patriotismo sirve “para disimular la miseria, la inflación, la sensación de ruina inminente” (Eloy Martínez, 2008, p. 125). Una “cruzada patriótica” (p. 157) para que un país se entregue a la euforia y deje de pensar en asuntos incómodos. Para que goles y gritos borren muertos. Para que la dictadura militar y el general Videla pusieran a Argentina como “vitrina ante el mundo” (p. 201). Para que dentro y fuera de las fronteras mencionaran los goles de Mario Kempes y la furia ofensiva de la selección argentina orientada por el lírico Cesar Luis Menotti, en vez de escuchar a los miles de exiliados que expresaban las barbaries en su país: “Tomás Eloy Martínez en su libro cuestiona la complicidad y el silencio de los argentinos durante la dictadura militar. Propone una autocrítica. No describe el terror de los centros clandestinos de prisión y tortura, pero sí la condescendencia de los medios de comunicación, de la Iglesia, y de personas como Emilia” (Nunes Viel, 2013, p. 66).

Mientras los televisores y estadios argentinos vociferaban las banderas del patriotismo, en múltiples centros clandestinos torturaban intelectuales, jóvenes, profesores y artistas que no simpatizaban ideológicamente con una dictadura que hablaba de Dios, patria y hogar. Magos siniestros rompieron las lógicas convencionales de la magia donde el truco está en que lo desaparecido debe aparecer sano y

salvo. La magia que no fue, de eso habla la novela *Purgatorio*. Al respecto, resultan deslumbrantes las páginas donde el escritor, como intelectual exiliado, se da el lujo de entrecruzar historia y ficción para fabular un encuentro entre un consejero de la dictadura -Dupuy, padre de la protagonista y cómplice en la desaparición del esposo- y el director norteamericano Orson Welles.



Orson Welles hizo a los 26 años *Ciudadano Kane*, estrenada en 1941. En ella, aparte de sus innovaciones técnicas, logró un agudo retrato de la soledad del poder. El magnate ficcional, Charles Foster Kane (interpretado por Welles) estaba basado en un personaje de carne y hueso, el dueño de varios medios de comunicación en Estados Unidos: William Randolph Hearst. A Randolph Hearst le incomodó la cinta y se obsesionó con hacer la vida imposible al brillante Orson Welles, a quien acusaban de comunista durante el periodo conocido como el Macartismo, hecho que lo llevó a huir a Europa en 1946. En el viejo continente actuó en varias obras de teatro y películas. Dirigió cintas como *Macbeth*, *Otelo* y *El proceso*, entre otras. Sus producciones fílmicas entrañaban dificultades

económicas. Esto lo sabía bien el doctor Dupuy, personaje de la novela *Purgatorio* y consejero de alto nivel de la dictadura militar. Por eso va donde él. Anhela sobornarlo para realizar una película sobre el Mundial Argentina 1978, a cambio de un presupuesto de sesenta millones de dólares, del que quedaría suficiente para que hiciera sus propios proyectos. Después de una larga conversación y de un acto de magia donde Orson Welles desaparece y aparece un fino reloj del doctor Dupuy, el cineasta le dice: “Te hago la película gratis, con el mejor mundial de fútbol que se haya visto y tú con tus comandantes haces aparecer a los desaparecidos” (Eloy Martínez, 2008, p. 214).

Para Orson Welles, por encima de los lujos y las propias creaciones artísticas, están las vidas concretas. Aunque en el arte tenga enorme valor la ilusión, las vidas de carne y hueso merecen respetarse. Welles aconseja al doctor Dupuy: “Los seres humanos no son ilusiones. Son historias, memorias [...] Si borras un solo punto de esa línea infinita borras también la línea entera, y en ese agujero negro podemos caer todos” (p. 210).

A través de la ficción, Tomas Eloy Martínez rebela su vocación humanista: el dolor del otro es también una herida propia. ¿Cómo ser indiferente ante la desgracia ajena? Las tragedias no merecen ser escamoteadas bajo la excusa de lograr una película exitosa, un mundial o una reina de belleza. ¿Fiesta? ¿Fervor nacional? ¿Un solo país, una sola alma? ¿Triunfo? ¿Detrás de los festejos, goles y gritos, qué pasaba con los desaparecidos? ¿Qué ocurría con los cadáveres y, peor aún, la angustia de sus familiares en su búsqueda incesante? Tomás Moulian, quien estudió las desapariciones durante la dictadura de Pinochet en Chile, advierte: “los cuerpos insepultos vagan en las tinieblas frías y no tiene descanso, como dice Dante. La idea de que un cuerpo no descansa hasta encontrar su sepultura es común a casi todas las culturas” (2002, p. 179).

Desde la lógica de los criminales -de los generales durante la dictadura- se logra un mayor efecto ejemplarizante en la población -desde el miedo y la incertidumbre- cuando se desaparece que cuando se devuelve a los familiares el cadáver.

El dolor se expande más allá del soportado por el cuerpo en desgracia: “el suplicio del muerto se prolonga en el suplicio de sus familiares. Con ello el dispositivo del terror consigue su perpetuación, produce una nueva y más extensa cohorte de víctimas” (Moulian, 2002, p. 179).

A modo de conclusión

Edward Said en *El mundo, el texto y el crítico*, destaca: “los textos son mundanos” (2008, p. 15) y exigen un análisis mundano. Son ficciones que obligan no sólo a una indagación de sus tejidos, procedimientos y valores estéticos, sino también a una exploración de “la textualidad de las circunstancias” (p. 14). Más allá del oficio literario de Tomas Eloy Martínez y la atmósfera hechizante de la ficción, está su propuesta ideológica, su lectura crítica de la dictadura militar desde su perspectiva de intelectual exiliado. En *Purgatorio* refigura su país de origen, sus torturas, desapariciones forzadas, pero también la indiferencia y ceguera moral que potenciaron Videla y sus esbirros a través de goles, reinas y enfretamientos con enemigos externos. Tomas Eloy Martínez ausculta su nación no desde la memoria conmemorativa, sino desde una memoria ejemplar que desnuda vergüenzas y barbaries. En este escritor habita el “francotirador del *statu quo*” (Said, 1996, p. 65). Su pulso estético gana en contundencia al plantear “cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma, actuar como alguien al que no los gobiernos ni otras instituciones pueden domesticar fácilmente, y cuya razón de ser consiste en representar a todas esas personas y cuestiones que por rutina quedan en el olvido o se mantienen en secreto” (p. 30).

Al representar a quienes la historia oficial quiso suspender en el olvido, Tomas Eloy Martínez enriquece una tendencia importante de la literatura latinoamericana que ha ficcionalizado con acierto la desaparición forzada y el purgatorio de los familiares sobrevivientes en su búsqueda incansable. Quizás, para muchos desaparecidos, la única forma de encontrar un lugar de reposo sea a través de la ficción; la belleza como morada; obras creadas para recordar al mundo y al futuro que los muertos necesitan un adiós, una lágrima mientras la tierra o el fuego abraza

el cuerpo: *Aquí pasan cosas raras* (1975) y *Cambio de armas* (1982), libros de cuentos de la argentina Luisa Valenzuela; *Las horas secretas* (1990), de la colombiana Ana María Jaramillo y la obra de teatro *La siempreviva* (1993), de su compatriota Miguel Torres; *Estrella distante* (1996) y *Nocturno de Chile* (2000), del chileno Roberto Bolaño; “Desaparecidos”, el poema del uruguayo Mario Benedetti; los cuentos tolimenses “Bola de carne” (1984), de Camilo Pérez Salamanca, y “Sin nombres, sin rostros ni rastros” (2008), de Jorge Eliécer Pardo Rodríguez.

Bibliografía

- Borges, J. L. (1986). Nota para un cuento fantástico. *La cifra*. Buenos Aires: Editorial Emecé, p. 33.
- Dante Alighieri (1922). *La divina comedia*. Buenos Aires: Centro Cultural “Latium”.

